

Los semidioses de la mitología griega han resucitado en el siglo xx. El siglo xix intentó rescatarlos de sus tumbas del Olimpo, pero fue un intento tan débil que apenas dio por resultado la aparición de un Chucho el Roto, o de un Rocambole, o sea unos semidioses pequeños, mediocres, infantiles. Pero en la segunda mitad de nuestra centuria la injusticia y la opresión que pesan sobre el mundo entero, han dado por consecuencia la aparición de nuevos semidioses. Así, Hércules reencarnó en Supermán, Aquiles en James Bond, Teseo en Batman, Pólux en Robin, Cástor en Flint. Seres que nacen de la imaginación de un escritor dotados de fuerzas sobrenaturales para luchar contra los poderosos que explotan al débil, que llevan al cabo increíbles hazañas para que triunfe el bien, que exponen a cada momento su vida para acabar con los inventos diabólicos de mentes superdotadas para hacer el mal, inventos que simbolizan los monopolios, la explotación del hombre por el hombre, el desplazamiento del trabajador por la máquina, la riqueza mal repartida. Puede ser que, como los semidioses del siglo xix, los de ahora sigan siendo infantiles, pero han adquirido una grandeza heroica en las mentes no sólo de los niños, sino del adulto que sueña con la posibilidad de una existencia real de uno de esos semidioses que viniese a la tierra y terminase con la injusticia que lo ahoga. Los clasicistas se escandalizarán al saber que equiparo a Hércules con Supermán, ¿pero acaso no viene a ser lo mismo?

México ha sido siempre un país que ha reído de las tragedias que lo acosan. Ha sabido terminar con ellas en ocasiones a costa de mucha sangre y de un heroísmo digno también de epopeya homérica, pero una vez que ha logrado su intento, ríe y se burla y espera con paciencia la siguiente. Lo mismo se rio del sueño imperialista de Napoleón III y de los austriacos, y una vez que hubo terminado con él, a pesar de haber enlutado el país entero, soltó la carcajada al cantar el "Adiós, mamá Carlota". Sufrió la dictadura de Díaz, pero cuando el pueblo hizo valer sus derechos con la Revolución, volvió a reír haciendo bromas sobre el "Ipiranga".

Después de la Revolución, una larga serie de presidentes han

ocupado el puesto, unos buenos, otros malos, pero para todos el pueblo ha tenido la broma ingeniosa, el chiste que pinta a la perfección los defectos de cada uno de ellos. Y, para terminar de una vez, el mexicano ha reído de algo que al resto del mundo llena de terror y por ello trata con respeto: de la muerte. Lógico es, por tanto, que ahora que todos los países se devanan los sesos por tener su propio semidiós literario, cinematográfico, televisivo o fotonovelesco, México ría de ellos e invente el suyo propio, pero en caricatura, como una calavera de Posada, y nace así Juan Derecho, con sombrero de charro, capa de Supermán, camiseta con anagrama como Batman, y en lugar de pistolas de rayos desintegradores, de micrófonos ocultos, de bombas en relojes de pulsera, usa el arma que ha simbolizado siempre la opresión y la tiranía: el látigo, para castigar con sus mismos medios a los malvados.

Juan Derecho combate las lacras que pesan sobre la sociedad, pero no al estilo de James Bond, semidiós erótico; ni al de Batman y Robin, semidioses que luchan contra villanos “inventados” que no pueden existir ni pueden simbolizar nada por estrambóticos y falsos; ni a Supermán, que puede acabar con todo un ejército o con todo un planeta gracias a sus poderes ilimitados. Juan Derecho combate a villanos reales, insignificantes si se quiere, pero que exasperan, atormentan, hostigan y causan úlceras duodenales al mexicano de 1967, como son el agente de tránsito al que le importa un comino el tránsito, sino la “mordida”; al burócrata que sangra el presupuesto sin mover un dedo para facilitar el trámite a quien lo pide; a los feroces dueños de fraccionamientos, a los inspectores que medran con la miseria de sus hermanos, y a tanto y tanto ente que deambula por la ciudad capital y por el país entero buscando la manera de enriquecerse en el menor tiempo posible a costa de vejaciones, despotismo y crueldad. Pero, mexicano al fin, Juan Derecho presenta a los opresores, y a sí mismo, en caricatura, para reír y hacer reír. Es el antihéroe por excelencia. El espectador quisiera que existiese en realidad un Juan Derecho, pero como sabe que es de todo punto imposible, y que así como él, espectador, ríe, así también ríe el opresor, seguro de su impunidad. Chucho Salinas y Héctor Lechuga, nuevos Posadas y nuevos Lizardis, por su ingenio, por su

observación y por su proyección caricaturesca de cientos de pequeñas tragedias, ocupan ya desde ahora un lugar principal entre los costumbristas de nuestra historia.

Que se busque la manera de que su labor no se pierda semanalmente en el aire junto con las ondas de la televisión, sino que perdure para la posteridad como un cuadro o una fotografía de la segunda mitad del siglo xx, como podemos ahora conocer las injusticias que cantaba el Negrito Poeta, o las descritas por El Periquillo Sarniento, o como las estampas costumbristas de Guillermo Prieto, de Ángel del Campo, de José T. Cuéllar. Que no les pase, por ser actores, lo que a don Roberto Soto y al Cuatezón Beristáin, quienes denunciaron también riendo las lacras de los veintes, pero cuya labor se perdía cada noche en los teatros de revista.

Y ya que esto no resultó una crónica teatral, lo menos que puedo hacer es recomendar ampliamente a todo mexicano que sepa reír, de sí mismo, de los demás y de las tragedias que a diario le suceden, los programas de televisión de Salinas y Lechuga y el espectáculo que se presenta en el Teatro Manolo Fábregas. Si usted se conforma con ver a Juan Derecho semanalmente en la televisión, debe ir al teatro para ver la mejor parodia de una tragedia griega que se ha presentado en nuestros escenarios. Salinas y Lechuga son dignos de todo nuestro apoyo: por ingeniosos, por trabajadores y por valientes.

26 de marzo de 1967

#### HEMOS VISTO UN MACBETH DEL OESTE

Cuando en mis crónicas me refiero a alguna obra de las llamadas de "teatro comercial", que siempre son las más abundantes en la cartelera, lo hago con una cierta ironía y prefiero burlarme un poco que hacer corajes como ciertos colegas. Pero cuando se anuncia una obra de teatro clásico, y en ella intervienen una buena actriz, un buen actor, un buen director y un buen escenógrafo, soy el primero en llegar la noche del estreno lleno de felicidad y de esperanzas. Me siento en la butaca dispuesto a gozar